

para emitir chirriantes cacofonías en un intento vano de armonizarse con el glorioso coro. Pero pronto desiste y abandona, evidenciando que jamás podrá dar a los demás lo que no tiene. El cadáver apenas balbucea y sólo se expresa con meridiana claridad cuando pregunta al enterrador, monocrorde y hasta el infinito: ¿qué hay de lo mío?...

No es fácil salir de la Ciudad Muerta; los pusilánimes se conjuran para acallar las voces acompasadas y los armoniosos ecos, sembrando insanas semillas de discordia y desunión. Pero son completos cadáveres de muerte cerebral y no tienen inteligencia social⁵: su egoísmo ya no contagia, su arrogancia repele y la pesada losa del individualismo los entierra profundo, aunque puedan presumir -no mienten- de tener el panteón más hermoso (pomposo) del campo santo. Carecen también de asertividad⁶ porque confunden

la justicia con la propia conveniencia, piensan -si los demás respiramos- que robamos su aire y siempre están dispuestos a apropiarse, sin rubor, de ideas y méritos que no le pertenecen. Ni tampoco conocen la empatía⁷ porque sólo oyen (a veces ni eso) pero no escuchan y nunca se conmueven, ni se alegran, ni se impregnan de sentimientos y éxitos ajenos.

Aunque resulte innecesario administrar La Nada, hay gobierno en la Ciudad Muerta. Sí, el mismo que desde tiempo inveterado la vació de vida, de sustancia, le trepano su alma y su cerebro y la dejó muerta. No gobiernan los mejores, porque esto sólo ocurre en Shangri-La⁴, tampoco los poderosos discerniendo con justeza el aforismo: "la autoridad se reconoce, el poder se impone". Carecen de autoridad, pero -seamos ponderados- no son tiranos, tan sólo indolentes por la inercia de hastío que La Nada siempre impone.

